



¿Qué pasa cuando el voyeur, el espectador de una historia se va introduciendo en ella poco a poco? El cuento de Martha Bátiz nos da una respuesta obsesiva, un poco cruel.

El malentendido

Martha Beatriz **Bátiz Zuk**

Facultad de Filosofía y Letras



Nadie pudo dejar de notarla. Y menos yo. La trajo mi vecino Jacinto, el único pintor de por acá que hace dibujos ininteligibles en vez de paisajes para venderlos a los turistas. Nunca le había conocido novia, ni amante, ni nada parecido, hasta que un buen día apareció con esa mujer. Desde mi apartamento oí sus pasos por el corredor y decidí salir a saludarlo, para saber cómo le había ido con los cuadros. No es fácil venderlos. Jacinto y yo hablábamos de eso a veces. Él era muy callado, pero yo trataba de hacerle plática cada vez que podía, porque creo que no hablar, a la larga, enferma. Supuse que estaría solo, como siempre. Me equivoqué.

Abrí mi puerta y lo primero que vi fue a Inés, de pie, unos cuantos metros atrás de Jacinto. Traía el pelo trenzado

y cargaba una jaula cubierta con un trapo negro. Quise ayudarlos a meter el equipaje al departamento, pero Jacinto no me dejó. Inés estuvo callada todo el tiempo mientras él llevaba los bultos a la sala. No contestaron ninguna de mis preguntas. Creo que Inés quería hacerlo, pero Jacinto la miró de una manera que hasta a mí se me quitaron las ganas de seguir hablando. Después ella entró también y cerraron la puerta. No sé qué me dio más rabia: su majadería, o darme cuenta de que ya no iba a ser la única persona que compartiría las pocas palabras de Jacinto, pero igual me encerré en mi recámara hasta el día siguiente. Además, Inés me intrigaba muchísimo. Ni siquiera se notaba su respiración. Era como una muñeca flaca de ojos grandes.

Pasaron varios días antes de que volviera a verlos. Yo regresaba de la oficina cuando ellos salían, tal vez al teatro o algo así, porque su ropa era elegante. Tuve que aceptar que hacían una bonita pareja, aunque ver a Jacinto acompañado —y vestido así, como nunca antes— me produjo un malestar extraño. No es que él me importara. Bueno, sí. Pero también quería saber de dónde había sacado una mujer tan bella. Desde cuándo la conocía. Los saludé con indiferencia, para que vieran lo que se siente, y entré a mi casa. Más tarde, cuando volvieron, me despertó la voz de Jacinto gritando. No era mi intención escuchar, pero las paredes son muy delgadas.

— ¡Te dije que no hablaras con nadie!

— No podía ser tan descortés. Por favor, entiende.

— La que tiene que entender eres tú. No tolero que hables con nadie más.

— Lo siento, de verdad.

— Eres una estúpida.

— Perdón.

— Ya cállate. Ojalá te mueras.

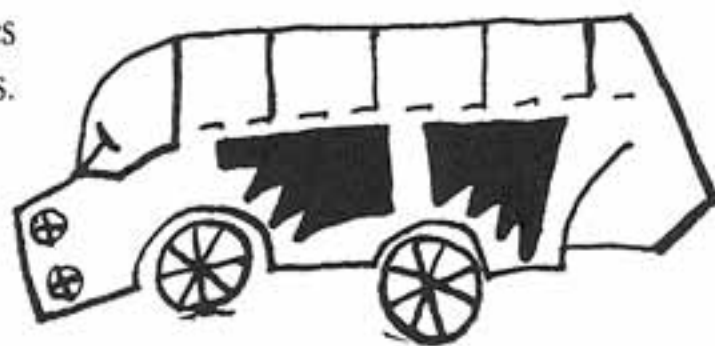
Una noche él la mojó con tequila, y luego lo lamió lentamente. Ahora ya no se me antoja beber a solas

Me asusté mucho. Estuve a punto de ir por ayuda, pero primero decidí averiguar qué pasaba. Por el barandal de mi balcón puedo pasar fácilmente al de Jacinto. Muchas veces lo hice para cerrar su ventana cuando empezaba a llover y él aún no había llegado. Siempre me lo agradecía. Entonces salté cuidadosamente a su balcón, procurando no hacer ruido y vi que, en lugar

de hacerle daño, le hacía el amor sobre el tapete de la sala. Debí haberme ido, sé que hice mal quedándome ahí, pero algo me retuvo. Era una nueva manera de descubrir a Jacinto. Parecía siempre tan reacio, tan duro, que nunca lo imaginé capaz de una muestra de dulzura como esa.

Verlo acariciar cada parte del cuerpo esbelto, casi fantasmal de Inés, y enredarse en su cabello rojo, infinitamente largo, expandiéndose por el piso, me dio escalofríos. Quería cerrar los ojos y no podía, lo juro. De momento quise ser Inés, y también Jacinto. Estar ahí.

No pude dormir esa noche, y a partir de aquel día no logré dominar el deseo de ir a su balcón para observarlos. Una noche él la mojó con tequila, y lue-



go lo lamió lentamente. Ahora ya no se me antoja beber a solas.

Espiarlos me hacía sentir culpable, pero no tenía más remedio. Jacinto seguía ignorándome, y con Inés no había cruzado palabra. Ni siquiera sabía que se llamaba Inés.



Jacinto salía en las tardes un rato. Sólo sabía a dónde había ido cuando regresaba con bolsas del mercado, o con más material para sus cuadros. En cuanto oía sus pasos por el pasillo, entreabría la puerta para verlo llegar. Nunca me atreví a seguirlo, aunque ganas no me faltaron. Inés iba con él sólo en contadas ocasiones. El resto del tiempo se quedaba encerrada en el departamento. Jacinto siempre daba doble vuelta al cerrojo antes de alejarse, y luego un día ella me contó que no tenía copia de la llave.

Una de esas tardes en que él estaba fuera, decidí buscar a Inés para conocerla. Como no pudo abrirme la puerta, entré por la ventana del balcón. Ella estaba muy nerviosa. Tenía mucho miedo de que Jacinto me encontrara ahí.

— Tranquila. Conozco el sonido de sus pasos.

— No quiere que vea a nadie. Es muy celoso.

— Nunca me lo hubiera imaginado. Se ve tan tranquilo.

Ella sonreía con timidez. Jugaba con su cabello. Parecía contenta de hablar con alguien. Se disculpó por no ofrecerme nada de comer ni beber; dijo que Jacinto lo notaría de inmediato y descubriría la visita clandestina. Nuestra primera plática fue corta, pero después nos quedábamos conversando largo rato. Todo dependía de las ausencias de Jacinto, y mi hora de llegada de la oficina. Empecé a salir temprano del trabajo y tuve algunos problemas, pero no me importó demasiado.

En las noches, de todas maneras me asomaba por el balcón.

— ¿Cómo conociste a Jacinto?

— Mi hermano compró uno de sus cuadros.

— ¿Y luego?

— Nada. Vine a vivir aquí. Me gusta.

— ¿Cómo sabes? Casi nunca sales.

— Si estoy con Jacinto, no necesito nada más. Bueno, sólo a Benito.

Así fue como me enseñó lo que había en la jaula que cargaba cuando llegó. Ni yo lo creía, y eso que lo estaba viendo: Benito era un murciélago blanco, con la nariz y las orejas color de rosa, no más grande que un dedo pulgar. Inés dijo que pertenecía a una especie muy difícil de encontrar. Su papá era biólogo y se lo había regalado hacía casi un año. Benito sólo comía fruta, y era la única compañía de Inés. Ella quería ponerlo en una jaula grande, para que tuviera espacio para volar durante la noche, y Jacinto propuso hacer una en el balcón. Pero ella no quería que dejara de visitarla y lo convenció de construir otra junto a la ventana de la cocina.

Días después, oí otra discusión. Inés estaba llorando.

- ¿Qué te comiste?
- Nada.
- No mientas.
- Un pan.
- ¿Y qué más?
- Galletas.
- ¿Sabes qué significa eso?
- Tenía hambre.
- Malagradecida. Sólo quiero cuidarte. Convertirte en una diosa. Mi diosa para pintar.
- Lo siento.
- Sin ti no puedo pintar.
- Ya te dije que lo siento.
- Yo también. Ahora tendrás que ayunar mañana, para desintoxicarte.
- Está bien.
- Es lo mejor para ti, mi amor.

Inés no dejaba de llorar. Sentí tal angustia que fui, lo más rápidamente que pude sin hacer ruido, al balcón. Jacinto la abrazaba. Besó su cuello, su cara, como si nada hubiera sucedido. Tuve insomnio hasta el amanecer. En la tarde, cuando visité a Inés, le di una torta de jamón y queso, y una bolsita de nueces. Comprendió de inmediato que había escuchado la discusión. Mientras devoraba la comida con una ansiedad que daba miedo, por fin me dijo lo que sucedía.

– Él me compra la ropa y me la pone. Llena la tina con agua caliente, lava mi cabello, me enjuaga y después seca todo mi cuerpo muy despacio. Tiene tanto cuidado que a veces de verdad creo que puedo romperme. Desenreda mi cabello, lo peina, me unta crema. Desde que estoy con él, no he podido hacer nada más que lavarme los dientes y darle de comer a Benito, porque Jacinto recorta mis uñas cuando crecen, me da de comer en la boca; hasta limpia mi nariz. Hizo un menú especial para mí. No me deja probar nada que tenga harina, ni azúcar. Si me viera ahorita, me ahorcaría. Sólo bebo agua a temperatura ambiente para no resfriar-

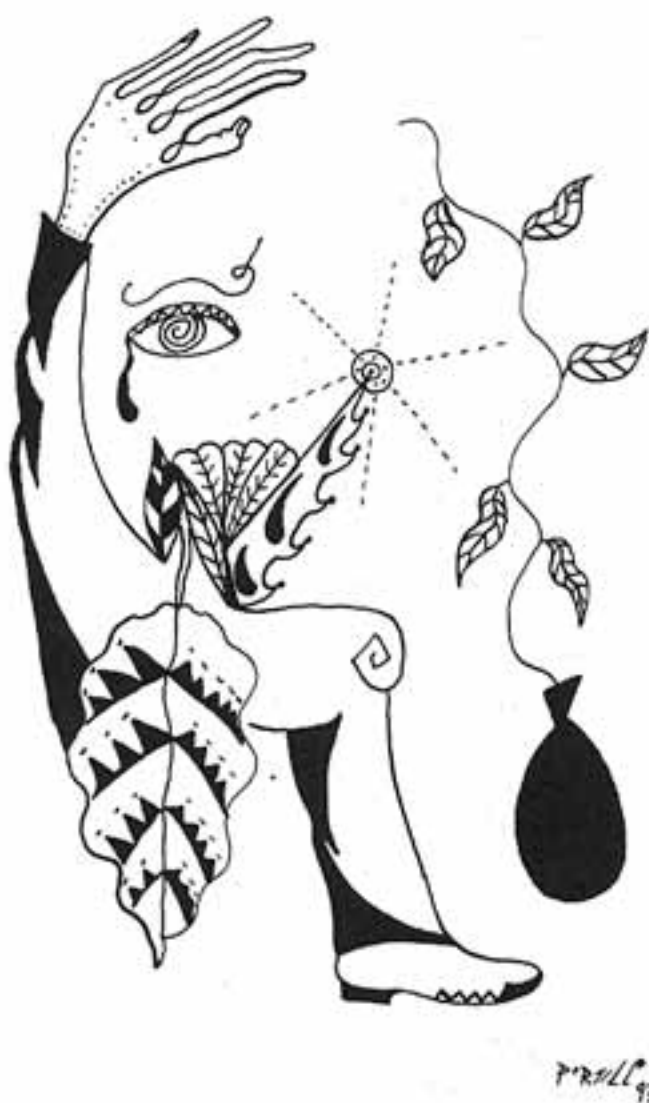
me, aunque haga mucho calor. Se preocupa por mí como nadie, y lo único que pide a cambio es que lo acompañe mientras pinta. Me despierta casi de madrugada, me lleva al estudio y me sienta a su lado, su pierna rozando la mía, y se pone a dibujar por horas, feliz. Pero si dejo de tocarlo un instante, se pone furioso. Dice que sin mí no puede hacer nada, que el pincel se niega a obedecerlo, que el papel o la tela ya no sirven. Y las rompe. El material no le dura por mi culpa. Y cuando volvemos a empezar, y lo veo perderse en los trazos y los colores, si suspiro, deja todo porque dice que lo desconcentro. Nadie me había necesitado tanto.

En ese momento, sólo por unos segundos, la envidié profundamente. Quise tener a alguien que me cuidara con esa devoción.

Dos semanas después, desde el balcón, vi que Jacinto, tras darle un masaje largo, empezó a rasgar con las uñas trozos de su piel. Inés lloraba, se mordía los labios, pero no emitió un solo quejido. Vi cómo la espalda se le iba poniendo roja, y luego cómo Jacinto la hizo volverse sobre ella. El ritual nocturno empezó a cambiar, y me sorprendí. Los gestos de Inés revelaban tan-



to dolor y placer que no pude soportar seguir ahí y regresé a mi casa. Caminé en círculos por la sala durante varios minutos y luego decidí salir a dar una vuelta, a pesar de lo tarde que era y de que podía ser peligroso. Dicen los vecinos que los delincuentes se reúnen cerca de los trenes. La verdad tampoco esa noche encontré ninguno, y eso que la estación puede verse desde la ventana de mi recámara. El ruido de los vagones y la locomotora me gusta mucho. Por eso me fui a vivir a ese edificio. A Jacinto también le gusta. Me lo dijo varias veces.



La tarde siguiente Jacinto no salió, así que no pude ver a Inés sino dos días más tarde.

- ¿Cómo estás?
- Bien. Bueno, más o menos.
- ¿Qué te pasa?
- Me duele un poquito la espalda.
- Si quieres, te doy un masaje.
- No, gracias.
- ¿Cómo te lastimaste?
- Me raspé.
- Déjame ver.

– No es nada grave. Ya sabes que soy exagerada, y me quejo mucho.

No sé cómo logré convencerla de volverse y enseñarme las heridas. Por un momento, sentí deseos de cubrirla de besos, pero me contuve. Tenía toda la espalda rasguñada.

- Nada más te lastimaste las pecas.
- No te burles.
- ¿Fue Jacinto?
- No, cómo crees. Me resbalé.
- No me digas mentiras.
- No podía pintar.
- ¿Cómo?
- Ese día no pudo pintar porque le estorbaban mis pecas. Son horribles, tiene razón.
- ¿Y qué va a hacer?
- Quitarlas.
- ¿Todas?

La abracé y se soltó a llorar. Entonces decidí hacer algo. Ya no podía soportarlo más. Jacinto y ella salieron otra noche al teatro, y yo me metí a su casa. Busqué por todas partes algún dato de la familia de Inés, hasta que por fin encontré una tarjeta con un número telefónico. Me despedí de Benito antes de irme, cosa que nunca antes había hecho porque su jaula siempre estaba cubierta por la tarde, y tomé un camión al Centro. Desde un local de por ahí marqué el número, para que no se registrara la larga distancia en mi recibo. No di mi nombre. Sólo les pedí que vinieran a buscar a Inés, y les dije la dirección. A la mañana siguiente salí muy temprano de mi casa, pero no fui a trabajar. Vagué por las calles hasta que ya casi había anochecido, y luego me senté en una escalera a esperar que diera la media noche. Sólo entonces me animé a volver a casa. No había comido nada y empezaba a marearme. Me preguntaba si la llamada habría surtido efecto, y la sola idea me hacía sentir el estómago a punto de estallar. La cabeza no dejó de punzarme hasta el amanecer.

Descubrí que nada había pasado cuando Jacinto salió de paseo con Inés. En la noche, lo vi rasguñarle el pecho mientras ella apretaba con desesperación, entre los puños, el tapete sobre el cual se acostaban siempre.

Casi había dejado de esperar que llegara alguien, cuando me despertaron varias voces discutiendo. Pegué el oído a la pared, pero pronto el escándalo creció tanto que no fue necesario seguir espionando. Tuve ganas de asomarme, pero me faltó el valor. Sólo escuché a Inés chillando que no quería irse, por favor, quería quedarse con Jacinto. Luego, golpes. El sonido de las puertas de algunos vecinos que también habían despertado y sí habían decidido asomarse. Al final, silencio. Sentí como si mi respiración se escuchara por todo el edificio, aún más fuerte que el chirriar del tren. Salí por fin. Jacinto estaba tendido en el umbral de su casa, con la cara manchada de sangre. Algunos curiosos se acercaron. Me enfurecieron tanto que los insulté hasta que se me quebró la voz. Como pude, lo arrastré dentro y lo limpié; le cambié la camisa. Sabía dónde estaban desde el día que busqué el teléfono de Inés, y sólo entonces me di cuenta de lo que había logrado.

Cuando Jacinto volvió en sí, se puso a golpear todo lo que había en torno suyo. Sacó a Benito de su jaula y lo apretó con tanta fuerza que sus huesitos tronaron. Luego lo arrojó por la ventana. Se llevaron a Inés tan de prisa que olvidaron a Benito, y eso no me lo perdonaré nunca. Salí a buscarlo por la noche para enterrarlo en algún lado, pero ya no lo encontré.



Jacinto se encerró en su casa por varios días. En vano intenté hacerlo comer algo. Se negaba a abrir la puerta, y la ventana del balcón también estaba cerrada. Yo le suplicaba que me dejara pasar, que quería estar con él. No había respuesta. Pensé que lo mejor sería esperar, darle tiempo para recuperarse. Sólo así podría tenerlo. A mi edad ya no es fácil que algo así suceda. Pero mi felicidad está con él, yo lo sé.

Unos enfermeros fueron a su casa anteayer. Dijeron que llevaba demasiados días encerrado, pero eso no es cierto. Yo iba a ayudarlo a recuperarse. Sólo necesita tiempo. Me necesita a mí. Desde que Inés se fue no he podido dormir bien. Temo que en cualquier momento vuelva en busca de Jacinto. De sólo pensarlo me dan náuseas. Lo único que lamento de su partida es que lastimaron a Jacinto. No tenían por qué hacerlo.

A Jacinto nadie lo conoce como yo. Ahora que Inés se ha marchado, sólo este malentendido con usted y su gente nos impide estar juntos. Usted parece una persona comprensiva, me ha escuchado con paciencia, y confío en que hará que los demás entren en razón. Este no es lugar para un artista. Es preciso que me deje llevármelo de aquí. Que me devuelva lo que me pertenece por derecho, porque lo gané. Él y yo nos iremos juntos de aquí. Voy a llevarlo a pintar cerca de un río, desde donde se oiga pasar el tren ☉

Este cuento recibió una mención honorífica en el Concurso xxx de la revista *Punto de partida*.